LOS PIRATAS Y CUBAGUA

LA aventura y la codicia son dos grandes motores de las acciones humanas. Para ambas se necesitan temple y condiciones especiales que, una vez reunidas, lanzan con fuerza insospechada a los hombres en pos de una quimera, de la fama o de la fortuna. El título de nuestro trabajo reúne dos símbolos de lo que de más fantástico pudiera pensarse en el inquieto vivir del siglo XVI relacionado con ambas directrices. Por un lado una estéril e inhóspita isla rodeada, paradoja feliz, de fabulosos placeres perlíferos que constituían todavía en 1528, fecha en que se van a desarrollar los hechos, una cantera prodigiosa y fecunda de perlas del mejor oriente. Junto a ellas, como atraídos por acuciante imán, veremos aparecer unos piratas, o comerciantes metidos a piratas por el destino —sólo un atento estudio de ambas profesiones en esta época puede aclarar y justificar la ambivalencia de sus actividades— que, como en las anécdotas con moraleja, resultan defraudados en su intento pirático al ser engañados y prendidos por sus presuntas víctimas [1].

Para empezar esta historia hay que trasladarse mentalmente al puerto de La Rochela en la primavera del año 28 y trabar conocimiento con algunos de sus activos moradores. En tan industriosa ciudad, centro mercantil y ruta marítima, desarrollaban sus actividades dos mercaderes llamados Pierre Girarte y Andrés Morisor. Estos dos rocheleses eran propietarios de buques y tenían una nao gruesa llamada *Santa Ana*, vehículo de las andanzas de nuestro relato. Desde hacía doce años vivía allí y trabajaba con ellos un comerciante de Dieppe, llamado Jacques Feer, al que tenían en gran estima y consideración. Otro personaje que nos importa conocer, amigo de éste y de los armadores, era un pescador de la travesía del Mar del Norte nombrado Simón Aselo, oriundo de Bretaña, muy ducho en el arte de navegar y hombre sencillo. Había llegado también a La Rochela, en donde se casó y dedicó al comercio, un Charles Digues, el cual estaba relacionado, a su vez, con los antedichos armadores. Y, por fin, de Estella había arribado hacía dos años un revoltoso navarro que respondía al apelativo de Juan de Yúcar. Este mozo tuvo

---

[1] Todas estas noticias se hallan contenidas en el expediente que se abrió en 1533 a Juan de la Barrera, mercader, por las cuentas de las mercancías capturadas a los piratas cinco años antes, el cual se conserva en el Archivo General de Indias, Sección de Justicia, leg. 973, nº 4, ramo 3. En dicho expediente se inserta el "proceso viejo sobre la toma de la nao", en el que se relata toda la acción de los piratas desde que la embarcación fue avistada en la isla Margarita hasta que desapareció rumbo al Caribe. Por las declaraciones que se tomaron a los franceses apresados que habían bajado a comerciar, pueden reconstruirse todas las peripecias de su viaje desde La Rochela hasta llegar a Cubagua.

que abandonar su tierra natal por miedo a los parientes de una doncella con la que había tenido amores. Vivió algún tiempo en Vizcaya y se lanzó al mar para comerciar, manejando dinero propio y de su madre, pero habiendo perdido las mercancías recaló en La Rochela, donde se encontraba ahora establecido.

Quédanos por citar a Diego Ingenios, capitán natural de Huelva, alma y agente de toda la aventura de que vamos a ocuparnos, y que merece cierta atención. Este personaje, haciendo honor a su apellido, convenció a los armadores Girarte y Morisor para que organizaran una expedición, de la que él era el jefe neto, junto con su hermano Pedro, y de la que iban todos, como les dijo hábilmente, a sacar muy buenos ducados. Por las propuestas que les hizo, mostraba un exacto conocimiento de la navegación de las Indias, y una buena experiencia de lo que la empresa requería. Si él no había estado personalmente en la región objeto de sus ilusiones, la isla de Cubagua, su información era sin duda de primerísima mano y recogida, probablemente, entre sus paisanos, duchos en las rutas del Mar Océano. Como la meta y destino de este viaje así como las intenciones verdaderas del mismo no podían manifestarse abiertamente, por tratarse de dominios de la corona castellana, se dijo a la gente de menor cuantía enrolada en el negocio que se dirigían a las costas de Cabo Verde y Negrería con ánimo de mercadear. Pero el auténtico propósito de Ingenios y sus socios capitalistas, convencidos por él, era llegar a la isla de las Perlas, amenazar a los vecinos para que les dieran un buen rescate, llevar rastros para limpiar los placeres de sus ricos tesoros y, si había ocasión, tratar con los isleños para venderles luégo las mercancías que llevaban en sus bodegas [2].

Estos detalles delatan su talento organizador, pues, capitán de fortuna, hizo valer sus conocimientos de tan alto precio como la contribución material de los rocheleses, con los que se iba a repartir las ganancias. Efectivamente Cubagua era una mina prodigiosa de la que salían centenares de marcos de perlas al año con destino a la metrópoli, y sus ostiales un venero que, rastreado sin medida, podía proporcionar una fortuna tan preciosa como el mismo rescate. Bien lo sabían los vecinos de la isla, cuyas ordenanzas prohibían la utilización de rastros para el beneficio de la pesca, puesto que hacía desaparecer, por el ansia de enriquecerse pronto, las ostras productoras de las buscadas perlas.

El plan era tentador y las ganancias seguras cuando la empresa se puso en marcha con la colaboración de todos ellos, convencidos por el capitán Ingenios, y en abril se aprestaba lo necesario. Veamos cómo. Los dueños de la *Santa Ana* cargaron en ella 500 ducados de mercancías y nombraron a su amigo Jacques Feer como factor de ellas, dejándole embarcar por su cuenta otros 150 ducados en géneros. Feer los puso a medias con Yúcar, que actuó de escribano de la nave y, tal vez por ser de la misma lengua, fue la persona de confianza de Ingenios. Para cuidar las mercancías buscaron los empresarios a Digues, el cual recomendaría a su vez al navegante Aselo como a marino experto en su oficio. Simón se encontraba libre y sin ocupación en el puerto de la Rochela, porque la pesquería de Irlanda había resultado mala. Al decirle que la expe-

---

[2] El interés despertado se comprende fácilmente, pues tanto la trata de las blancas perlas como la de los negros africanos eran negocios muy lucrativos.

dición era con fines pacíficos de pesca y comercio se alistó en ella, para enviar parte de las buenas ganancias prometidas a su mujer e hijos que estaban en su patria chica.

La nao fue provista de víveres para seis meses, y en ella se acomodó la tripulación y armamento necesarios para enfrentarse a todos los incidentes desfavorables que las rutas atlánticas, tan transitadas, les pudieran deparar [3]. Los hombres que iban de partido recibían como soldada cien ducados al año y cuatro al mes para sus placeres, pagados por los navieros. Como ganancia extraordinaria se consideraba el botín, ingreso a repartir por tercios iguales entre los armadores, el capitán y los tripulantes. Vemos que ya en las condiciones del reparto se contaba con la eventualidad, probable y siempre deseada, de que en su camino se cruzara algún enemigo digno de ser capturado, luégo de vencido. La navegación comercial, en aquellos días de rivalidad con España, tenía la puerta abierta a la piratería más descarada, como veremos a lo largo de este pintoresco consorcio mercantil formado en La Rochela con súbditos de las dos coronas, pero, al mismo tiempo, estas cláusulas de reparto dirigidas a lo fortuito eran, en realidad, las condiciones que pensaban aplicar a la presa magna de la expedición no declarada a todos los participantes, es decir, las normas que debían regir el reparto de las perlas del presunto rescate, y de los barridos ostiales [4].

Terminados todos los preparativos, dispuesta la gente y las municiones, el Padre agustino que iba con ellos para asistirlos en sus necesidades espirituales debió impartir las bendiciones del caso y, con gran emoción, se despedirían de los suyos y de la patria para hacerse a la vela rumbo al éxito y la riqueza. Remontaron la costa, y cerca de Bretaña sufrieron un percance, porque al aportar se les quebró la quilla, y tuvieron que volver a La Rochela para repararla. Allí tomaron cuatro piezas gruesas de artillería, y entusiasmados con las promesas del capitán salieron con rumbo a su destino [5].

Descendieron hacia la costa portuguesa, y a la altura de Viana toparon con una nao lusitana, cargada de sal. El encuentro no fue desaprovechado, pues si bien largaron la nave con su mercancía, Ingenios les tomó unas vihuelas y una carta de marear. Con ellas debió distraer sus ocios y enriquecer su bitácora. Al mismo tiempo, el hecho de que las tomara como presa denota que eran ciertos sus talentos, sus *ingenios*, ya que sabía buscar lo que aumentara sus conocimientos y distrajera sus pensamientos durante la monotonía de un viaje de incierta duración.

En esta vía llegaron a la altura de Safi, en las costas africanas, en donde encontraron una pinaza y la tomaron. Eran estas aguas de influencia de los dominios del rey de Portugal, zona de vital importancia

---

[3] Jacques Feer informó que la tripulación constaba de 135 hombres y que la nao iba provista de 45 tiros de pólvora, 6 de bronce pequeños, 25 barriles de pólvora de un quintal y medio cada uno, 17 arcabuces, 30 escopetas, 24 ballestas, 12 coseletes y abundantes dardos, lanzas, tablachinas y botadores de fuego. Juan de Yúcar dijo que los hombres eran 130 y que los víveres eran suficientes para un año de navegación, lo que no parece exacto si empezaron a escasear ya en agosto, cuando atacaban a Cubagua.

[4] Esta situación venía existiendo desde antiguo, pues el corso en el Mediterráneo durante la Edad Media, su antecedente, había sido la ayuda y respaldo de todas las flotas que lo recorrían, tanto las cristianas como las islamitas. La cuestión no cambia esencialmente con la apertura de los grandes viajes atlánticos más que en la magnitud de las presas. Vid. "El corso marítimo" de José María Azcárraga. 1951. Madrid. C. S. I. C.

[5] Declaración de Simón Aselo.

que convenía controlar con todo cuidado, porque, entre los archipiélagos y el Continente hacían su camino las naves que llegaban cargadas de negros a Lisboa. En Santa Cruz tenía el rey, mayorista por excelencia en la trata, un cobrador de impuestos llamado Benceberro, judío, quien al tener noticia de la hazaña de los franceses armó una carabela y la envió para que se enfrentara a Ingenios y lo prendiera. Pero su orden no pudo ser cumplida porque éste, habiendo artillado la nave que había conseguido en Safi, les hizo frente con valor y obtuvo la victoria en el encuentro, del que cinco portugueses no salieron vivos del combate, y otros quedaron heridos. Se encontraba ahora con dos nuevas embarcaciones y sus equipajes, cuyos tripulantes iban a disgusto con el apresor. A los más díscolos los abandonó sin miramiento en la costa cercana. Todas estas incidencias debieron admirar a los comerciantes de buena fe que iban en la expedición. No es raro, pues, que Pedro Ingenios, conocedor de todo el plan de su hermano y temiendo las consecuencias que la aventura pudiera acarrearle, solicitara de Diego, forzando sus argumentaciones persuasorias, que le diera una de las dos naves portuguesas para volverse a Castilla, porque, decía, no quería seguir en la empresa, aunque por ello fueran a darle "una nao llena de ducados".

El capitán dividió la gente apresada y a los que seguían con él, para ganarlos a su causa por la ambición, les prometió el ir de partido con los apresores para que, con el espejuelo de la mucha ganancia, le fueran adictos y le prestaran leal colaboración [6].

Entonces, como ahora, las inmediaciones de los archipiélagos incorporados a los reinos ibéricos eran lugar de paso de cruzadas rutas y no es raro, como hoy, que los encuentros fueran frecuentes. La próxima presa fue castellana. Una chalupa de pescadores del Puerto de Santa María, tripulada por catorce hombres, regresaba a su destino cargada de pescada, sabroso bocado con el que los presuntos mercaderes franceses reforzaron su despensa al apropiarse de cien docenas de mercancía. Perdida de vista la nave pesquera apuntaron hacia Lanzarote, en cuyas aguas hallaron tres carabelas españolas y una portuguesa. La época, además, era ideal para la navegación en esta zona, tiempo bonancible para los intercambios mercantiles. La nueva presa iba con los sollados repletos de cebada destinada al mercado de la isla de Madera. Los atacaron, y luégo de vencidos se apropiaron de una de las naves hispanas, una carabela latina, de las armas de todas ellas y de 300 fanegas de grano, con las que largaron al carabelón que los seguía contra su voluntad, a pesar del convenio, desde las proximidades de Safi. Lanzarote fue el último punto de Occidente en que actuaron antes de cruzar el Atlántico, e Ingenios, para que fueran de buen grado, prometió a los nuevamente incorporados una soldada de 5.000 maravedís al mes.

La *nao Santa* Ana, destinada a Negrería, y la carabela esperada en Madera hermanadas por la voluntad del capitán don Diego, emprendían en junio la travesía del Mar Océano. Nada especial nos cuentan los expedicionarios en sus declaraciones acerca de esta parte del viaje, y sabemos que desde Las Canarias llegaron a la isla de Trinidad. El

---

[6] Según declaración de Yúcar tomaron dos medias culebrinas, 4 versos de bronce, 1 pieza gruesa de hierro, 1 barril de pólvora, 9 ballestas y 1 adarga.

hecho de la falta de noticias particulares sobre esta etapa de la navegación, desconocida para la mayoría de los participantes, hace pensar que se desarrolló tan felizmente, tan de rutina, que todos la encontraron normal. Precisamente esta seguridad, esta normalidad en la dirección hacia Occidente, para llegar a las inmediaciones del objetivo sin titubeos, nos hace pensar que Ingenios había hecho ya alguna vez el camino o, por lo menos, sabía muy bien la manera de llevarlo a cabo.

En Trinidad pasaron revista a las mercancías, como quien pronto las va a necesitar, y vieron que algunas estaban estropeadas a consecuencia del clima y del viaje. Para seguridad de las que restaban en buen estado, pasaron aquéllas a la carabela con Juan de Yúcar. Entonces, dispuestos y en forma, se lanzaron hacia la meta que desde lejano puerto francés había ilusionado a los cabecillas del negocio: la isla de Cubagua, reina de las perlas.

Aquí empieza uno de los episodios más pintorescos con que hemos topado en nuestras búsquedas e investigaciones, pues en un juego cortesano de misivas y visitas, de cartas y billetes amenazadores, de promesas y falsedades, los desprevenidos habitantes de la isla, sagaces, tuvieron la habilidad de prender y robar a quienes desde hacía cuatro meses no tenían otro pensamiento en su mente que el de hacerlos botín lucrativo de su viaje.

Desde La Trinidad se dirigieron los piratas a La Margarita, en donde los vecinos los vieron surgir del tranquilo horizonte y se apresuraron a dar aviso a los de Cubagua enviando al alguacil Pedro de Alegría, que se encontraba a la sazón allí en su hacienda [7]. Este llegaba en una canoa a la ciudad de la Nueva Cádiz, capital de la isla, la noche del miércoles 22 de julio de 1528, con la inquietante noticia de la aparición de dos naves armadas de pabellón, e intenciones desconocidas. Al instante, reunido el alcalde Pedro de Herrera con sus compañeros de cabildo, se envió gente a Puerto Viejo, en donde estaba la nao de Gorvalán, en busca de cinco tiros gruesos de hierro y armas para emplazarlos en la playa, mientras el pregonero anunciaba a los moradores la necesidad de salir al arma a la ribera de la mar, so pena de perdimiento de bienes, los de calidad, y de 100 azotes y destierro, la gente común. La situación era apurada, pues no se podían esperar buenas acciones de aquellos ingleses o franceses, Dios sabe de donde resultarían ser, que los visitaban, y había que prevenir cualquier ataque. El cabildo y los vecinos nombraron dos capitanes extraordinarios para la ocasión, se ordenó a los tenderos de la ciudad que convirtieran las duelas de las pipas en rodelas y paveses, y se pidió clavazón a los mercaderes. Todo era conmoción y apresto de fuerzas aquella noche en la ciudad, emporio de las codiciadas perlas.

El amanecer del jueves iluminó las siluetas de los vecinos de Cubagua dispuestos a la defensa junto a la orilla, oteando con ansia las lejanas ondas en busca de los anunciados enemigos. A la hora de tercia

---

[7] El cabildo estaba integrado al presente por el alcalde Pedro de Herrera, los regidores Alonso de Rojas y Andrés Hernández, el alguacil mayor Pedro de Alegría, los alguaciles Pedro Carmona y Fernando de Vejer, el alguacil segundo Francisco de Herrera, el jurado Alvaro de Briones, el veedor Gonzalo Hernández de Rojas, el procurador Gonzalo Martel, el fiel ejecutor Pedro Gallo, el alférez real Juan Juárez y el pregonero Gonzalo Hernández. El gobernador de la isla Margarita era Francisco Fajardo, y su teniente Pedro Moreno.

la nave *Santa Ana* llegó cerca del pueblo, y a la de quinta se dirigió a Puerto Viejo, en donde desembarcaron algunos hombres en un batel y un patax, yendo hacia la ermita de Nuestra Señora de la Concepción. Tal desembarco era muy peligroso, y el alcalde comisionó a Gorvalán y a los dos capitanes, Villacorta y Carmona, para que reunieran unos treinta hombres y fueran con dos canoas a impedir que se adentraran los invasores. Mientras, desde la playa la artillería los hostilizaba y a la vista del fuego y la salida de los vecinos los franceses se retiraron a la nao. Cumplida su misión, Gorvalán regresó a la playa, pero Carmona y Rodrigo de Niebla fueron con otros diez a visitar el navío pirata, de donde no los dejaron salir. Su curiosidad fue la que estableció una comunicación entre ambos bandos y proporcionó el personal para una correspondencia entre atacantes y atacados, en la cual, por las vacilaciones de los primeros en actuar por la fuerza, los colonos pudieron sacar el mejor partido.

Así, el viernes por la mañana llegaba a la playa la canoa de los isleños, piloteada por Alonso Bermejo y un negro de la nao, mensajeros de la primera carta de Diego Ingenios, dirigida al alcalde y vecinos de Cubagua. La misiva era amenazadora, pues avisaba el propósito de su llegada, de saqueo y destrucción, el cual se cumpliría a menos que les entregaran un cuantioso rescate en perlas, y más airada aún, teniendo en cuenta el cañoneo a que los habían sometido. La respuesta fue por demás irónica, ya que, luégo de alegrarse de tratar con un hombre de su misma naturaleza y procedencia, le aclaraban los pobladores que los tiros que él creía ofensivos no habían sido sino salvas de cortesía que no llegaron al navío, de intento, maravillándose de que no les hubiera avisado su llegada con un disparo, "como es costumbre", y les hubiera enviado en cambio una chalupa para espiar, "lo que no es de buena crianza". Le pedían en ella que soltara a los que tan atentamente lo habían ido a saludar, ofreciéndole con toda cortesía su ayuda en mantenimientos y vinos, si menester les eran, pero negándose a entregar una sola perla "porque los temporales los tenían privados de su beneficio desde hacía ocho meses".

Al día siguiente, sábado 25, un indio de Rodrigo de Niebla llevó a nado la segunda carta del capitán Ingenios. Acusaba en ella, por el tono, haberse percatado del humor malicioso de los isleños, diciéndoles que "más parecía burla", y los invitaba a visitar la nave, en la que él se encontraba seguro, para tratar. Este día de Santiago los vigías visaron que la carabela latina se acercaba. Parecía como si Ingenios quisiera inclinarlos a claudicar por la fuerza. Herrera puso a la vela un bergantín portando treinta cristianos y cincuenta indios flecheros para que la detuvieran en su intento. El encuentro fue duro, murieron dos españoles y resultaron heridos por las flechas ponzoñosas de los indios auxiliares diez o doce franceses, de los que se esperaba morirían varios a causa de la hierba a las pocas horas. Los vecinos consiguieron su propósito, rechazaron el ataque y a la hora de prima llegaba desde la nao la respuesta a su victoria, traída por un indio de La Margarita, llamado Carnero. Allí estaba la tercera carta del capitán, del tenor siguiente:

> Señor Pedro de Herrera: Acá recibí una vuestra letra, en la cual no veo propósito en lo que yo, señor, os envié a decir. Visto que no lo habéis hecho,

así lo cual por la obra se ha visto, decir por qué vos me enviasteis la letra que mi intención no era sino de hacer algunos partidos buenos con vos, y vos lo habéis hecho al contrario en hacer salir a mi carabela, por donde no habéis ganado nada ni ganaréis en ello mucho, y si mi gente no se mostrara gente de bien, vista era vuestra buena voluntad dándoles a entender que habéis tomado mi nao, la cual no bastaría a tomar la mitad de todas las naos de España, y conoceréis por este viaje quién son los franceses y cómo se saben defender, ahora que mi carabela. Mas porque mi intención es de hacerlo bien con vos y toda esa isla, acordad brevemente en lo que entendéis de rescataros, que otramente entenderé de dañaros y haceros todo el daño que yo pudiere, pues tengo mi carabela conmigo. Acordad lo que determináis de hacer en cuanto a lo de estos cristianos (los prisioneros), queriendo vos todo se hará bien. De os los enviar, como vos decís, yo no lo haré, que paréceme que los hombres de bien como vos no habían de escribir uno y hacer otro. Vos conmigo no habéis tenido palabra como yo esperaba, que ese negro que allá tenéis me habéis de enviar; enviándomelo vos no detuviera cristiano arrestado ninguno, no están arrestados, que libres están. Yo les hago toda la honra que puedo. El negro es cristiano como ellos y horro, y conmigo no andaba sino por fuerza. Si no lo enviáis no hallaréis bien en ello, que estos que están dentro lo pagarán y otros con ellos. Ese indio que allá fue no lo habéis enviado acá; su amo se obligó de hacerlo tornar, es seguro que si no viene él pagará el rescate o más de lo que habrá de pagar. Acordad en todo lo que determináredes de hacer y sea breve, porque se dé algún concierto. No alargo más porque no soy buen escribano. Vuestra letra no la leo muy bien, escribidme de buena letra que la entienda bien y sea clara. Vuestro el capitán, Diego Ingenios.

En esta carta van mezcladas las amenazas con muestras de debilidad, las reclamaciones con claras cobardías, que presentan un Ingenios bravucón pero falto de arrestos para cumplir su cometido de pirata y conseguir el fin deseado por medio de la violencia. Achaca a su gente el "mostrarse gente de bien", y muchos lo eran, pero es él mismo el que no está seguro ahora, en que las decisiones hay que tomarlas rápidamente y sin titubeos, de lo que hay que hacer y se pierde en su mismo palabreo y tira y afloja de mensajes. No era, probablemente, la letra la que debía ser empleada para conseguir de los habitantes de Cubagua su rescate en perlas.

No paró en esta carta su actividad epistolar, porque a la hora de tercia hacía llegar una nueva misiva, al no obtener respuesta a su anterior, en la que les pedía parlamentarios. No contento con esta última, a medianoche recibía Herrera la tercera de las cartas, amenazadora y deseosa de llegar a una entente a la vez, porque si bien en ella se vanagloriaba de estar acostumbrado a los tiros, y les decía a los vecinos que al bombardear la nao "pensaban que iban a hacer leña en monte cortado y la encontraron verde", les insistía en la necesidad de un cambio de representantes para tratar un arreglo. El plazo de espera sería todo el día del domingo.

Pese a sus bravatas, los atacantes no dominaban la situación, fracasado el primer intento de fuerza y sorpresa. Los de Cubagua no estaban dispuestos, por otro lado, a dar sus perlas y, allá en lo más remoto de sus mentes, les iba naciendo la idea de sacar el mejor partido de su buena estrella. El cabildo se reunió para contestar a Ingenios, como

lo hicieron invitándolo a bajar a tierra con algunos de sus gentilhombres, a fin de convenir sobre el comercio de las mercaderías. Mientras los del buque esperaban, en Nueva Cádiz todo era actividad. Un pregón anunció temprano a los vecinos la prohibición terminante de sacar mujer ni hacienda de la isla, por mar o tierra, so pena de perdimiento de bienes. Para la defensa se solicitó la colaboración de los mancebos, reunidos en la iglesia de Santiago con tal objeto para ser incitados a la acción por Cristóbal de Cea, Bernaldo de Zamora y otros, y que salieran a combatir a los franceses. Los criados se mostraron conformes con la propuesta a cambio de una interesante soldada: la concesión de una licencia con la que ir a rescatar a Cumaná, costa abajo hasta las islas de Paraguachoa, eligiendo ellos el capitán [8].

Pasó el plazo señalado por Ingenios, y el lunes muy de mañana dos indios de la Margarita entregaron al alcalde nueva carta del capitán, en la que prometía marcharse de paz si le entregaban mil marcos de perlas, o su valor, dejando a su arbitrio la posibilidad de contratar también las mercancías que traían de Francia. Su opinión era que la propuesta resultaba moderada, "y no me parece que salgo mucho fuera de razón", decía, tal era la justificada fama de riqueza que tenían los placeres de la isla. Los vecinos, conocedores de su valor y de las fatigas que suponía obtenerlas, contestaron que les parecía "cosa de pasatiempo eso de los mil marcos de perlas", sobre todo el hecho de ser dadas, si bien se hallaban dispuestos a mercadear. No gustó la respuesta a Ingenios, que tan claro había sido en el pedir. A las cuatro volvía a reclamar las perlas, y el negro que tenían en rehenes. Tampoco a esta reclamación atendieron los neogaditanos, cada vez más seguros de su dominio de la situación, limitándose a responderle el martes, día 28, en carta llevada por el rico e influyente vecino Antón de Jaén, que fueran ellos los primeros en hacer la devolución, puesto que habían sido también los primeros en atacar.

Se convencieron los franceses de que éste era el único camino y, luégo de dos horas de charla, regresó Jaén con Yúcar y Simón Aselo. El miércoles tempranito el alcalde mandó apostar en la playa, bajo pena de muerte lo contrario haciendo, a todos los varones mayores de trece años, provistos de sus armas y al mando de su hermano Francisco de Herrera. Mientras, entre Yúcar y el bachiller Núñez se traducía la carta escrita en francés, en que Ingenios daba a sus enviados las órdenes necesarias para tratar, a cambio de perlas o lo que conviniera, las mercancías de que venían provistos, midiéndolas con una vara que consigo traían. El navarro, que debía conocer el estado de ánimo de los piratas, dijo que como peleando todos perderían y "Dios no sería servido de ello", mejor era que trocaran sus mercadurías para sacar mayor provecho todos. Los mil marcos de perlas, el rastreo de los placeres y el robar a los insulares eran ilusiones que se habían desvanecido ya ante la adversa realidad.

Traducida la carta se tomaron los pareceres y se acordó, reafirmándose en lo anteriormente escrito, no dar rescate alguno a los piratas y pro-

---

[8] Estas licencias eran difíciles de conseguir porque, bajo la amplia designación del concepto *rescate*, se daba cabida al enriquecimiento rápido a costa de los indios y sus propiedades. El sistema se prestaba a los abusos y fue la causa de la enemistad y ataques frecuentes de los naturales a los colonos y moradores de la costa. A su vez, esta hostilidad repercutía en los pobladores recelosos de asentarse en ella, insegura y mal defendida.

veerlos de una licencia para desembarcar las mercancías "respecto de ser cristianos y personas de bien los mercaderes con todos los demás". Bondad que necesitaba ser respaldada, a pesar de toda la concordia, por la entrega de dos rehenes por bando. Así medirían los paños con la vara francesa, lo tasarían todo a conveniencia mutua y comprarían al contado por valor de mil quinientos a dos mil pesos. Incluso si estaban dispuestos a venderles fiado, podrían darles buenas seguridades. Como vemos, las palabras eran de una lealtad completa. No así las intenciones, reveladas después en el debate entablado al día siguiente en el cabildo, pérfidas y solapadas. Se intercambiaron los salvoconductos, firmados por Ingenios y sus asistentes, por parte del bando extranjero, y por Herrera y sus capitulares, por los vecinos de Cubagua.

El sábado 1º de agosto bajaron las mercancías, variadas y necesarias, que fueron tasadas en 1.701 pesos y 2 tomines. Las depositaron en casa del mercader Juan de la Barrera, y el domingo lo dedicaron los vecinos a discutir el problema que estaba en todos los pensamientos, o sea, si debían guardar el seguro y tratar lealmente con los franceses, de acuerdo con la palabra empeñada, o bien podían hacer caso omiso del pacto, apresando a los que habían bajado a tierra, y tomarles las mercadurías. Los partidarios de esta segunda idea eran pocos, representados por Fajardo, gobernador de La Margarita, y el bachiller Núñez. El resto, la mayoría, quería atenerse a la palabra dada, unos por principio, como Barrera y el alguacil mayor Alegría, otros por temor a las represalias de Ingenios y los suyos, como los dos regidores y Villacorta.

Como Herrera debía ir a la nao a visitar al capitán y temía que lo apresaran, envió a fray Andrés de Valdés y al capellán de la expedición, el agustino descendido con Yúcar, para presentarle sus excusas diciendo estar enfermo y obsequiarlo con verduras frescas, carne de puerco y un barril de vino tinto. Ingenios contestó que lo esperaba el lunes mejorado, sin saber que lo que ellos deseaban era hacerlo desembarcar para prenderlo. Con esta intención llegaron a la nao Villacorta y Barrionuevo al siguiente, 3 de agosto, holgando mucho durante la comida que les fue ofrecida y contemplando la nao y sus armas, pero sin conseguir su propósito de llevar a tierra al capitán, porque la tripulación, llena de desconfianza de no volverlo a ver, no lo dejó salir.

Fajardo mientras tanto no había permanecido inactivo y, habiendo trabajado en favor de su opinión, presentaba aquel mismo lunes un escrito firmado por muchos vecinos en pro de la ruptura del seguro, el cual, decían, se había otorgado como treta para vencerlos. Para que su iniciativa triunfase más rápidamente en los ánimos no demasiado reacios de sus compañeros, vino a surgir un incidente que fue decisivo. Pedro Gallegos presentaba al cabildo una carta de Ingenios dirigida a Jacques Feer, en la que lo urgía a que terminara su cometido en la isla, porque las vituallas escaseaban en las naves y la gente se podía amotinar. Ante tan propicia coyuntura no dudaron ya en prender a los dieciocho hombres y al fraile, los cuales habían bajado resguardados por la licencia.

Este fue el final de la aventura de los piratas de Cubagua. Fracasada su empresa, desprovistos de sus mercancías y prendidos los tratantes en la isla, no les quedaba más retirada que la huída. La espera a nada con-

ducía, y siempre corrían el peligro de topar con las naves españolas que se dirigieran a la isla. Precisamente era esperada la del veedor Archuleta por entonces[9]. Un indio nadador llevó a la nao la noticia del prendimiento de los franceses y el proyecto de los pobladores de aprestar quince o veinte canoas con las que cortar las amarras de ambas embarcaciones y abrir vías en sus cascos para echarlas a pique. Ante ello los piratas levaron anclas, y a las nueve de la noche se dirigieron a Puerto Viejo, de donde salieron en la mañana del martes con dirección a Cumaná.

Tal dirección en la ruta de huída puso en cuidado a los vecinos que, habitadores de una isla sin agua, temieron fueran a cortarles su único punto de aprovisionamiento situado en la costa frontera. Ante tal amenaza y para salvar dicha eventualidad, despacharon el bergantín con cuatro canoas como escolta y vigilancia. Estos vieron cómo el enemigo cambiaba la derrota hacia el ancón de Macanao, en La Margarita, tomando el derrotero de las naos que venían de las Antillas. Viéndolos alejarse, el bergantín y sus acompañantes volvieron la proa y llegaron a las dos de la tarde al puerto a dar la buena nueva de la desaparición de los franceses.

Sabida la noticia, tan tranquilizadora, el alcalde y sus compañeros pusieron a buen recaudo a los prisioneros y les tomaron declaración. El alcalde confió la custodia del fraile al vicario Villacorta, pasando a tomar sus dichos a los mercaderes y los mancebos. Sus informaciones nos dan la trama de sus vidas, de sus ambiciones y de sus peripecias hasta el día 4 de agosto de 1528, en que se había roto el ensueño de su viaje pirático ante un escribano español que tomaba buena nota de sus declaraciones. Unos conocían desde el principio el carácter de la empresa en que se alistaban, como Yúcar y Feer, otros, menos importantes en ella, se conformaron con la versión que les dieron del comercio en Negrería, y la vuelta al hogar con la bolsa llena, como Aselo y Digues. Todos, sin embargo, habían salido igualmente defraudados hasta el mayor extremo, acabando arruinados y prisioneros por igual. Feer fue confiado en carcelaje a Jaén, Aselo al mercader Gutiérrez y Digues al vecino Francisco de Castro. Algunos mancebos franceses se habían refugiado, al desembarcar, en la iglesia, con intención de no volver a la nao, y entre ellos estaba el criado del capitán Ingenios, Antonio Nizardo, el cual había replicado a Yúcar, al ser tachado por éste de traidor por quererse quedar en Cubagua, que aunque saboyano se había ganado bien la vida en España y pensaba que lo mismo iba a sucederle en la isla. No todos, pues, estaban conformes con el capitán don Diego.

La nao *Santa Ana* siguió rumbo a las Antillas y llegó a la isla de Saona, en cuyas aguas tomaron los piratas un patax de un vecino de Santo Domingo que iba a la costa de Tierra Firme. Fueron luégo a San Germán, en Puerto Rico, donde desembarcaron de sesenta a ochenta hombres, hicieron una entrada y lo quemaron todo. Los habitantes, que los habían visto llegar, se habían puesto a salvo con sus mujeres e hijos. Ingenios y su gente siguieron navegando, y en la isla de La

---

[9] Villacorta había dicho que se guardara el seguro "y los entretuvieran hasta ver si en el entretanto llegaba esta nave de refuerzo, temiendo los bombardearan".

Mona tomaron dos españoles. Entonces, para ir más libre de movimientos y seguro, decidió soltar la carabela que había tomado en las Canarias y que con él había hecho todo el viaje. En ella metió algunos de los portugueses prendidos en la costa de Safi, y a los dos españoles recién apresados, enviándolos con una carta para la Real Audiencia a la isla Española. La misiva era una queja contra los de Cubagua, hombres perjuros que habían roto el seguro acordado, y una amenaza de volver a Francia en busca de refuerzos con los que tomar venganza de diez por uno.

Enterados los oidores de tales propósitos, aderezaron una nao gruesa de 200 toneles, y tres carabelas pequeñas con 250 hombres, para buscar a la *Santa Ana*. El día 8 de octubre la encontraron junto a la isla de La Mona, al acecho de la flota, donde la combatieron. Pero logró escapar, y desde entonces se pierde ya su pista, para los buques antillanos en el azul horizonte y para nosotros en la documentación de la época [10].

Al tiempo, los oficiales reales de Santo Domingo escribían a sus colegas de la isla atacada para que les remitieran a los presos, no fuera a suceder que volvieran a Francia y pudieran hacer relación de todo lo que habían visto en las Indias [11]. Para ponerlos a mayor recaudo pensaban que sería conveniente confinarlos en la Nueva España, mientras llegaban las órdenes del monarca sobre lo que con ellos se debía hacer. Del fraile agustino tenían noticia que había pasado a Puerto Rico, y el rey ordenaba, al saberlo, que lo llevaran a Santo Domingo y lo internaran en la casa de su orden, avisando luégo [12].

Cubagua había salido muy bien librada del ataque francés, pero la anécdota le servía de dura experiencia. Su defensa era necesaria porque su riqueza era muy apetecida. Los vecinos lo sabían desde los primeros días de su establecimiento en ella. Esta aventura no hacía más que confirmarlo, y se pusieron manos a la obra. El 26 de septiembre, pasada la inquietud y vuelta la tranquilidad a la isla, el cabildo se reunía para considerar la situación. Deciden hacer un baluarte frente a la casa de Matienzo, en donde hay una cruz, lugar en el que se había emplazado la artillería, y donde tuvo lugar el mayor combate. Para estos gastos necesitaban dinero, y pensaron que bien empleado estaría el producto y botín de su estratagema: el valor de las mercaderías apresadas. Juan de la Barrera, depositario, recibía orden el día 31 de septiembre de pagar los gastos de defensa a cuenta de las mismas, y con el resto se quería emprender la fábrica del fuerte. Escribirían, claro está, al rey y a la Audiencia pidiendo el correspondiente permiso, e incluso licencia para disponer de las rentas reales en caso de que lo apresado no bastara.

Durante los primeros días de octubre se planeaba el trabajo, conservando la vigilancia nocturna como durante el tiempo del ataque.

---

[10] La última etapa de la travesía se halla en una carta del tesorero de la isla Española, Pasamonte, dirigida al rey, de 3-XI-1528, en la que le cuenta todo lo sucedido en Cubagua según los informes remitidos por los oficiales reales de la isla de la Audiencia. A. G. I. Patronato, leg. 174, nº 38.

[11] Carta de la Audiencia al rey, de 30-X-1528, A. G. I. Patronato, leg. 174, nº 36.

[12] Otra carta de la misma fecha, de los oficiales reales, con las anotaciones marginales de los acuerdos tomados en el Consejo de Indias, de la misma signatura, nº 3.

Villacorta era designado como capitán y capataz, al que estaban sometidas las cuadrillas encargadas de velar en la artillería, en la Cruz de Cumaná y en Puerto Viejo. Para la ronda se enviaban dos o tres hombres con un alcalde y un regidor; si alguno faltaba al requerimiento del cuadrillero pagaría un peso de multa, que sus compañeros podían gastar en vino; si faltaba el cuadrillero, la multa era doble. El día 9 nombraban al maestro Lorenzo obrero mayor de la construcción, contrataban al maestro Artar Lombadero para que tomara a su cargo la artillería, la pólvora y la cantería de la empresa, y se enviaba a Bernaldo de Zamora a la costa de Cariaco para que hiciera provisión de flechas, arcos y hierba entre los indios amigos [13].

Todas las medidas de precaución eran pocas en la isla. Le servía el caso al cabildo, además, para reclamar con mayor interés si cabe la tenencia de la fortaleza de Cumaná, cabeza de puente y apoyo de sus abastecimientos en Tierra Firme [14].

Cada vela que aparecía en el horizonte era motivo de zozobra para los isleños. El día 9, anochecido, llegaba de la isla de Margarita un criado de Pedro de Alegría con el aviso de que un negro y unos indios habían visto desde una sierra un navío de dos gavias. Interesaba conocer sus intenciones, y para ello se despachó a Zamora con unos hombres y ciertos indios auxiliares en una canoa. Salieron a la mar, buscaron con minucia por puertos y ensenadas, llegando hasta Guaymacano, y regresaron a la noche siguiente sin haber hallado rastro de navío alguno.

Dos días más tarde los vecinos de la misma isla volvían a traer nuevas de que otros indios habían visto velas engolfadas en la zona de Isla Blanca, de las cuales tampoco encontraron el menor indicio Cristóbal de Cea y ocho mancebos que salieron presurosos a buscarlas. Estas embarcaciones imaginadas, espejismo del miedo o de la fantasía, fueron el final indiano de la arribada de los franceses a Cubagua. No se volvió a saber ya más de Ingenios y de sus duras amenazas de represalia.

Lo que de la aventura quedó viviendo en el quehacer de los vecinos fue la realización de sus planes de defensa y el ajuste de cuentas. Años más tarde el licenciado Prado, visitador de la isla en 1533, enviado por el rey para inquirir sobre sus rentas y el celo de los oficiales de Cubagua en administrarlas, entabló un proceso a Juan de la Barrera, avecindado a la sazón en Sevilla, por una diferencia de 187 pesos entre el valor de las mercancías francesas recibidas y los justificantes de los gastos de defensa y fortificación. Largas listas de mercaderías, con sus precios y calidades, recibos de servicios y materiales prestados, con su costo, todo ese mundo tan aprovechable de la vida cotidiana y su nivel en un momento dado de la historia de una comunidad, lo tenemos que dejar para mejor ocasión, bien a nuestro pesar, para no mezclar la prosa del número y la reclamación fiscal con la aventura y las luchas entabladas para alcanzar una ilusión.

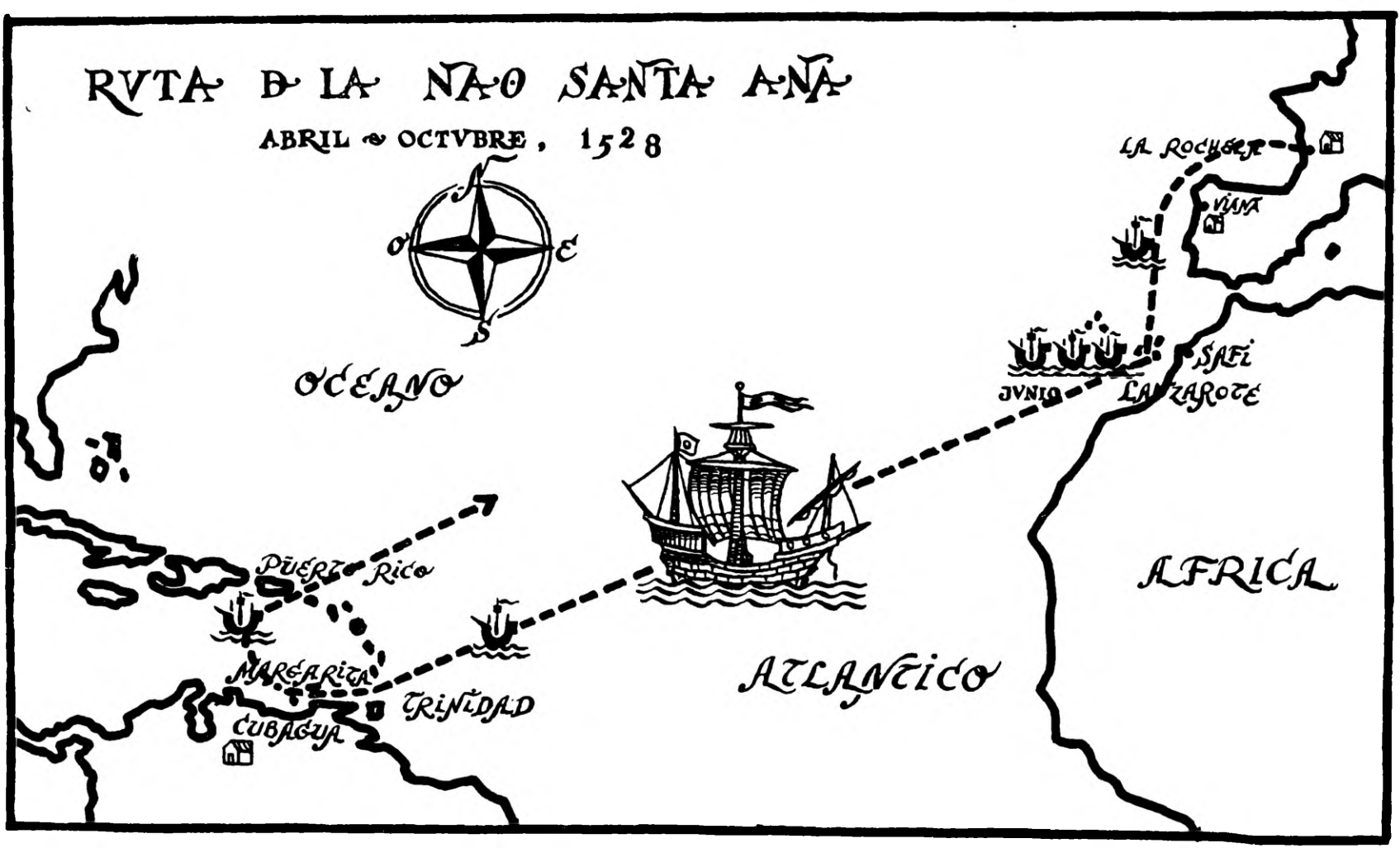
---

[13] Al maestro le pagaban 30 pesos y a sus ayudantes 15; al artillero 120 pesos al año

[14] De esto se ocupa Pasamonte en el punto 20 de la antedicha carta, siendo su opinión contraria a la de los de Cubagua, pues alega que no deben confiarse las fortalezas a los concejos y menos cuando, como el de Nueva Cádiz, están en proceso de formación y no se sabe si persistirá el poblamiento de la isla. Es curioso constatar que, por una vez, el tesorero profetizó el destino de la ciudad, pues poco más de dos lustros más tarde la isla estaba prácticamente abandonada.

Terminemos diciendo que las andanzas de unos atrevidos comerciantes, la industria de unos pescadores de perlas y el choque de dos intenciones antagónicas quedaban reducidas y concretadas, el 4 de noviembre de 1534, a una sentencia del Consejo de Indias por la que se desestimaba la apelación del mercader Juan de la Barrera y se le pedían los 187 pesos en que había sido condenado anteriormente. Menguada suma, en verdad, comparada con los mil marcos de perlas pedidos y perdidos por Ingenios, iniciador de toda esta trama.

VICENTA CORTÉS


RVTA D LA NAO SANTA ANA
ABRIL ~ OCTVBRE , 1528
N
O
E
S
OCEANO
LA ROCHELLE
VIANA
SALI
JVNIO
LANZAROTE
PUERTO RICO
MARGARITA
TRINIDAD
CUBAGUA
ATLANTICO
AFRICA

Mapa de la isla Margarita y sus vecinas, con la costa venezolana desde los islotes de Garrapatas hasta Cumaná, ejemplar manuscrito en el que se indican las poblaciones y las profundidades litorales, existentes en el Archivo Nacional de Colombia, Sección República, Secretaría de Guerra y Marina, t. 7 f. 921, junto a papeles de Venezuela de 1821. 1: 135.000; 52/69 cm., meridiano de Cádiz y Trinidad. Su estado de conservación es malo.